

Presencia de la ciudad en la novela quebequense

André Gaulin

Université Laval, Québec, Canada

Traducción Natalie Gambin e Isabel Vázquez, UNLP

«La langue est la vraie patrie des peuples.

C'est peut-être du reste la seule patrie»

Claude Duneton. *La mort de français*,

Plon, Paris, 1999.

«Ma désolée sereine

ma barricadée lointaine

ma poésie les yeux brûlés

tous les matins tu te lèves à cinq heures et demie

dans ma ville et les autres

avec nous par la main d'exister

tu es la reconnues de notre lancinance»

Gaston Miron, *Deux sangs*,

L'Hexagone, Montréal, 1953.

Gaston Miron dice en uno de sus hermosos versos: «Je n'ai jamais voyagé vers un autre pays que toi, mon pays». (No he viajado nunca hacia otro país que no fueras tu, país mío.) En cierto sentido es verdad y muy poco narcisista a pesar de lo que pudiera pensarse. Una colega del Conservatoire Royal de Bruselas me hizo descubrir un aspecto de la modernidad de Nelligan, en quien ella sólo veía al comienzo un simple calco de Rimbaud o de Baudelaire. En la

misma ciudad y capital, en la que por entonces daba algunas conferencias en la Universidad libre, otro colega me sugería que la representación del espacio en nuestros imaginarios respectivos debía asemejarse muy poco, siendo Bélgica un pequeño país y Canadá un territorio de inmensos espacios. Y sin embargo, en nuestra novela no es así. Al contrario, recuerdo muy bien haber dado posteriormente, en la ULB (Universidad libre de Bruselas) un curso donde hablaba del microespacio en las novelas del interior, de las novelas urbanas sobre todo entre 1940 y 1960, de los espacios cerrados, lugares de sofocación, de angustia, de alienación.... Al terminar el curso, un colega polonés vino a verme para señalarme las semejanzas que deberían ser motivo de estudio entre su país y el mío. Y es que, en el caso de los dos países, Polonia y Quebec, había habido ocupación política y subyacentemente una presencia voraz del poder religioso.

Constató con placer que el diálogo continúa en Argentina donde me invitan a hablar de «gran ciudad y del interior» en nuestra literatura. Las palabras, por sí mismas nos invitan a reflexionar sobre el sustrato de las expresiones que utilizamos. ¿Qué es una gran ciudad?. ¿Habría sólo una, que sería Montréal, aún más centrípeta que París? ¿Quebec, mi capital y la de la América francesa, es una ciudad? ¿Y qué significado puede tener para mí la palabra interior si la opongo a gran ciudad? ¿Todo lo que no es la gran ciudad es lo que se denomina egocéntricamente el interior a partir de París o de Montréal? En cuanto a mí, opondré mas bien ciudad y campo, urbanidad y ruralidad, vida tradicional y vida moderna. Por supuesto, mi charla tendrá en cuenta mi capital, la ciudad de Quebec, donde comienza precisamente la novela urbana, en 1934. ¡Muy tarde dirán algunos, muy temprano dirán los que han frecuentado nuestras letras! Aunque así fuera, desde mi modesto punto de vista que se sustenta en la Historia y en mi conocimiento del corpus, fundamentaré la pertinencia de mi discurso.

Para concluir con los prolegómenos, me parece honesto agregar que este punto de vista que es el mío forma parte de lo que se ha dado en llamar la socio-literatura. Inspirado en Lucien Goldmann y en Jean-Charles Falardeau, convencido evidentemente que los universos literarios y sociológicos pueden permanecer soberanos en su interdependencia, me referiré en esta ocasión a la

Historia a fin de esclarecer mejor la obra literaria. Por supuesto, creo que se puede ir directamente a la obra sin pasar por una explicación que recurra a lo que Goldman llamaba las homologías. Baste recordar su explicación sobre la visión trágica de Pascal y de Racine en su *Dieu caché*, editado en 1956.

Este es el porqué considero útil entrar de lleno, en este enfrentamiento ruralidad/urbanidad, recordando que ya en 1921, el 56% de la población de la región de Quebec vivía en la ciudad. Desde fines del Régimen francés, hacia 1760, de una población estimada en 60.000 habitantes, once mil personas vivían ya en las ciudades, de las cuales, 8.000 en la ciudad de Québec, 3.000 en Montréal y 1.000 en Trois-Rivières. Como bien lo afirma el historiador André Lachance en *La vie urbaine en Nouvelle-France* ya está constituida. Québec es una ciudad moderna, unida al mundo por su inmenso estuario y asomándose al progreso. ¿Cómo explicar entonces que la novela urbana -por no hablar de la literatura -aparezca tan tarde sobre las márgenes del Saint-Laurent? Muchos investigadores y en formas distintas, han intentado responder a este retraso de la novela urbana. Y digámoslo, seguimos buscando una respuesta desde los confines de la frontera de lo político. Tal vez los investigadores externos parezcan más creíbles o al menos más neutrales. Citemos por ejemplo a la profesora Yannick Resch de la Universidad de Aix-en Provence quien, en su artículo *Mythologies urbaines*, escribe «Si Montréal presenta un problema como ciudad de ficción, es porque ha sido un espacio difícil de conquistar y doloroso de habitar». Desde 1968, el profesor de Sherbrooke, Antoine Sirois, afirma en su libro *Montréal dans le roman canadien*: «El hecho de que más de la mitad de los escritores no puedan hablar de Montréal sin evocar el enfrentamiento de razas es profundamente significativo». Maurice Arguin llevará más lejos el análisis, en 1989, con el subtítulo de su libro *le Roman québécois de 1944 a 1965, Symptômes de colonialisme et signes de libération*. De todos modos podríamos citar aquí infinidad de personas entre ellas escritores importantes como Hubert Aquin, Paul Chamberland, Gaston Miron que colaboraron en Parti Pris. Por otra parte, podemos pensar que para escapar a este análisis, muchos universitarios se dedicaron a estudios más formalistas que los alejaba de una Historia de nunca acabar.

Como sea, este estudio aunque fundamentado, sin caer en el facilismo, deja puntos importantes en las sombras. Habría que ir más allá y ver cómo lo que se ha dado en llamar la Conquista en la lengua del Otro ha desestabilizado toda la organización de una sociedad, decapitado sus elites, excepto las del clero lo que no ha sido suficientemente subrayado, y debilitado su lengua misma más que su religión. Se crea de este modo un inmenso retraso civilizacional, destitución de las clases dirigentes, nuevo código político, caída de la economía en provecho de un grupo de mercaderes ingleses, antiguos vasallos de Su Majestad, quienes reivindicar en su favor al rey Jorge III, la religión anglicana protegida por el Juramento del Test, la nueva lengua oficial y todos sus contactos con la nueva metrópolis. Se puede asumir que la vida cultural esté perturbada y la vida literaria pase a un plano secundario. En este contexto, la literatura aparecerá más de medio siglo más tarde, a menudo con entornos moralizantes (las Sátiras de Michel Bibaud, por ejemplo) o con preocupaciones utilitarias. Se puede pensar también en Etienne Parent, periodista y ensayista prolífico. Sin embargo, en esta sociedad problemática en el sentido en el que lo toma Goldmann, el ensayo será y por mucho tiempo un género mayor.

Con el fin de mostrar la insuficiencia, por llamarla de algún modo, de una lectura demasiado cercana a lo político, recurramos a un ejemplo de la primera novela importante que se desarrolla en la ciudad, *les Demi-Civilisés*, que bien merecería que se la tuviese más en cuenta en este aspecto. Se trata de la novela de Jean-Charles Harvey, editada en 1934, cuya acción se desarrolla en Québec. ¿Por qué no se lo considera generalmente como título de una novela urbana? ¿Porque hace pensar en Québec? Sin embargo, Québec es una ciudad bastante importante, asiento del Parlamento y lugar simbólico de una nación francesa y católica. Tal vez también porque fue poco leído habiendo sido retirado por su autor a pedido del cardenal Villeneuve que lo puso simple y rápidamente en el índice: «este libro está prohibido por el derecho común de la Iglesia. Nosotros lo declaramos como tal y lo condenamos también a partir de Nuestra propia autoridad arzobispal. Está prohibido bajo pena de falta grave, publicarlo, leerlo, guardarlo, venderlo, traducirlo o contarlo» escribió el arzobispo de Québec en *la Semaine religieuse* del 25 de abril, a menos de tres semanas de su impresión.

Es el primer ministro liberal Alexandre Taschereau que hace las veces de intermediario entre el cardenal y el autor para que este último, también periodista y despedido por su diario, reconozca públicamente su falta, a cambio de la promesa de obtener un puesto en la función pública. Este incidente refleja claramente el control clerical sobre nuestras letras tanto más cuanto que Harvey había tenido que defenderse, en 1922, por la publicación de su novela *Marcel Faure*, donde por desgracia evocaba una escena de amor físico después de haber osado criticar el sistema de educación, bajo el control del clero. El novelista había sido prohibido en esa ocasión por el abate Camille Roy, de tendencia regionalista, pero protector de las letras québequenses.

¿Pero que decía esta novela de Jean-Charles Harvey *les Demi-Civilisés*? De hecho nada que pudiera escribirse a la madre, como comúnmente se dice. El héroe Max Hubert ama tanto a la libertad como a la raza femenina. Tiene sangre latina, ardor anarquista aunque lejos de ser un obsecado. El y Dorothée Meunier resuelven vivir juntos sin mediar casamiento, proyecto ya inadmisibile. Pero sucede que los amantes son víctimas del pasado de Luc Meunier, en principio el padre de Dorothée, que muy pronto aparece como el asesino de Abel Warren, amante de su mujer y verdadero padre de Dorothée. Pero, este Meunier estimado y rico, premiado con la Legión de honor, con las Ordenes de Saint Grégoire y las del Saint- Sépulcre, no es más que un impostor social. Resumiendo digamos pues que la novela de Harvey, estrechamente asociada al partido liberal y cumpliendo con una función periodística, no pasa desapercibida. Tanto más cuanto se desarrolla en la burguesa ciudad de Québec, en la Grande-Allée donde vive lo granado de una sociedad. El clero es acusado en la novela, por el camino indirecto de lo imaginario, de ejercer un poder excesivo sobre la vida civil y Jean-Marle Rodrigue Villeneuve, cardenal y arzobispo, ilustra esto perfectamente esgrimiendo la censura en nombre del Derecho canónico.

Aún cuando la novela de Harvey no está excepcionalmente escrita, anuncia ya a los que yo llamo los novelistas del interior y cuyas obras pertenecen a las décadas del 40 y del 60. Ellos son Robert Charbonneau -que Jean-Charles Falardeau reconoce como muy importante a nivel social lo mismo que Roger Lemelin- Robert Élie, Jean Filiatrault, André Langevin -notorio novelista que

escribió *Poussière sur la ville*-, André Giroux, Jean-Jules Richard y otros que condenan a menudo e implacablemente a la sociedad, como lo hace *Mathieu* de Françoise Loranger, autora de una novela que más tarde será dramaturga y que con Marcel Dubé y Gratien Gélinas atacan con el escalpelo a la hipocresía de una sociedad ligada generalmente a la ciudad. Jean-Charles Harvey anuncia además la crítica social virulenta del hermano «Fulano» que, en sus *Insolences* de 1960, va a denunciar también un arcaico sistema educativo, una sociedad esclerizada bajo los auspicios de Notre-Dame -de-la-trouille y un clero paternalista a voluntad. Esta vez, contra un clero en parte furioso, el hermano «Delosbienes» goza de los beneficios de la protección del cardenal de Montréal que tiene sus aliados en Roma.

Todo esto nos lleva a juzgar la nociva influencia del clero en la orientación de nuestras letras. Harvey, que había denunciado la carencia económica de los quebequenses, en *Marcel Faure* denuncia también la censura clerical sobre el progreso de la educación, de las ideas, de la libertad. Al mismo tiempo hace notar, sin saberlo quizá, que la **gran mancha negra** atribuída únicamente a Maurice Duplessis dura desde hace mucho tiempo revelándose como un efecto indirecto de «conquista». Sin querer entrar en todos los meandros de la Historia y para circunscribir mejor esta oposición ciudad/campo digamos que esta llamada negrura aparece en el Acta de Unión de 1840, tanto después del fracaso del régimen del Acto constitucional de 1791, un fracaso calculado según historiadores como Maurice Seguin, por ejemplo, como así también después del fracaso del movimiento de los Patriotas, exasperados por la conducta de los Gobernadores del Bas-Canada. Es entonces que comienza, y es una realidad sobre la que no se ha insistido lo bastante, el largo reinado de la placa de plomo que va a pesar sobre la sociedad «canadienne-française» con la llegada del obispo ultramontano, Ignace Bourget, que estará allí durante varias décadas y que luchará contra el Instituto canadiense llegando a excomulgar a sus miembros en 1869, cuya vocación es la de favorecer la lectura de las obras francesas, en parte contenidas en el index. La Unión marca entonces, para ese pequeño grupo francés y católico bajo la tutela inglesa un muy mal alineamiento de los planetas con el obispo Bourget, la reina Victoria y Pío IX, un papa de largo reinado que

se creía moderno y que va a publicar el Syllabus.

Es durante este período de nuestro largo siglo XIX que muere hacia 1930 según el profesor Henri Tuchmaier quien lo afirma en su tesis desgraciadamente no publicada « *Evolution de la technique du roman canadien-français* » (Laval, 1958) que la ciudad estará alejada del imaginario quebequense, salvo para hablar mal de ella. Sobre el modelo de *la Terre paternelle* de Patrice Lacombe, en 1846, se teje una trama de numerosas novelas donde se privilegia el campo, la fidelidad a la tierra, a la familia, a la fe y a la lengua puesta de relieve y donde la ciudad es abucheada. En un Québec que se urbaniza y cuya ciudad se transforma en el nuevo centro de vida, se ofrece una contra-imagen urbana y una sobrevalorización de la vida rural. A esto hay que agregar, el acecho de las críticas, a veces del clero y de la gente salida de sus colegios clásicos y privados, de las obras que se aventurarían demasiado por salirse de los caminos ya marcados. Es así que se condena al poeta Eudore Evanturel que publica en sus *Premières poésies* hermosos versos que serán sus últimos en 1873. Sus poemas son juzgados sensuales y peligrosos. El poeta de 26 años se parece a los héroes novelescos atormentados de la década de 1940 que deambulan con su angustia cuando el escribe: «Cuando no tengo el corazón listo para otra cosa, \ Salgo y me voy, alma triste y morosa, \ El paso que ustedes conocen distraído y lento, \ La frente tímida inclinada hacia el pavimento, \ Pasear mi dolor y mi mal solitario \ (...) Me siento mejor. Voy donde mi corazón me lleva...». A comienzos del siglo XX, muchos poetas influenciados por la ciudad de Montréal donde viven, no son respetados porque sólo se interesan en lo que se publica en París. Se los llama también «parisianistes» o «exotiques», doblemente extranjeros en su propio país.

Esta literatura del terruño no es trivial. Tiene por lo menos la ventaja de tomar del medio temas de inspiración, aún cuando a veces pareciera paseísta y anticuada. Durante la década del 30, sus novelas más importantes llegan como el canto del cisne de la novela de la tierra, sobre todo con *Menaud, Maître-Draveur*, del cura de Clermont, en Charlevoix, Félix-Antoine Savard, una novela de importante prosa poética interpretada de distintas maneras y el voluminoso *Trente Arpents* de Ringuet (doctor Philippe Panneton) donde la tierra aparece

finalmente como una madrastra. En esta última novela, la ciudad está entre bastidores y anuncia un acto nuevo en el campo literario quebequense. Curiosamente, no se sabe porqué, numerosas mujeres acceden finalmente a la escritura, sin seudónimo como Laure Conan, Madeleine o Françoise. Algunas novelistas no son ni conocidas ni notables. Sin embargo, he sugerido a menudo a los feministas leer novelas de Lucie Clément o Laetitia Fillion donde la ciudad está presente para comprender mejor el camino de la puesta imaginaria en las estructuras sociales de las que carecen. La mayor parte son poetisas como Rina Lasnier, una importante autora moderna o Alice Lemieux, que publica en 1926 y 1928, Josette-Alice Bernier (*La chair décevante*, 1931), Medjé Vézina (*Chaque heure a son visage*, 1934), Cécile Chabot (*Vitrail*, 1939)... En cierto sentido con la guerra que ya se anuncia y que va a emancipar a las mujeres, devolver la dignidad a los desocupados que van a la guerra, es contradictorio, todo está listo para la llegada de los dos primeros autores que definitivamente van a inscribir la ciudad en el camino de nuestro imaginario.

La primera es una mujer, hija de las grandes llanuras de Manitoba, institutriz que soñaba con ser una mujer de teatro y que se instala en Montréal después de una estadía en Inglaterra y en Francia. Decidida a vivir del periodismo y de sus escritos, instalada en la parte alta de la ciudad de Westmount donde vive lo más granado de lo anglo-sajón, descubre por casualidad en sus largos paseos por la ciudad el barrio popular de Saint-Henri. Ve la miseria, la desocupación, los efectos de la crisis en la gente humilde y, como lo confesará a Judith Jasmin, la indignación será el motor de lo que escriba en una larga novela cuyo título evita un anglicismo corriente, *Bonheur d'occasion* en lugar de «*Bonheur de seconde main*». En su muy documentado artículo del *Dictionnaire des Œuvres Littéraires du Québec*, Antoine Sirois muestra muy bien las perspectivas que varios exégetas han sabido valorar. En la óptica socioliteraria, la composición del espacio y su organización aparecen como muy importantes. Saint-Henri es un espacio cerrado, confrontado con la riqueza vecina y con el deseo de desertar como tráfugas. El mundo llega a penas de modo lejano excepto por esta guerra que aparece escandalosamente para varios personajes -Azarius, Emmanüel- como una forma de salir de la miseria. Pensemos por ejemplo en

esta secuencia emocionante de Rose-Anne Lacasse pelando sus papas y depositando las cáscaras sobre una hoja del diario donde lee a hurtadillas que pueblos enteros son deportados allá, en la lejana Europa, como ella, que año tras año, va a buscar vivienda cada vez más miserable, con una familia que aumenta y entradas que disminuyen.

Curiosamente esta pobreza popular de la vida de un barrio de Montréal hace la fortuna de la obra de la que se venden rápidamente 3000 ejemplares, que se vuelve a editar, entre otras editoriales europeas en Flammarion, que obtiene el premio Fémina, que se traduce a varias lenguas. Gabrielle Roy, en un «horizonte de espera» que le es favorable en esa época turbulenta, acaba de tocar un tema sensible, la salida de una «gran negrura» a causa de la «gran guerra» para todo un proletariado urbano que sirve desde hace décadas de mano de obra barata. Pero su obra, según ella no tiene alcance político. Son más bien los críticos los que llevarán a cabo ese tipo de acercamiento recordando que en ese Québec urbanizado en un 63 %, más del 85% del empresariado anglófono ocupa el poder financiero del territorio. El cineasta Claude Fournier ha representado todo esto simbólicamente en ese tren que viene del oeste con todo la chatarra de la guerra y de la economía, un tren que además en Saint-Henri, provoca molestias, yendo y viniendo de un lugar a otro sin detenerse, llevando una riqueza escondida en su vientre con destino oscuro.

Más que por la ideología, *Bonheur d'occasion* está más cerca de la dimensión moral donde Emmanuël Letourneau habla de fraternidad humana. Un pasaje, muy poco citado en los numerosos análisis, es sin embargo emocionante, al punto que se comprende la visión de la escritora que traduce al mismo tiempo sus personajes. Azarius Lacasse, en el restaurante *les Deux Records*, hace la apología de esta pobre Francia ocupada con una elocuencia inocente y conmovedora. Cuando Azarius evoca la belleza de Francia, Emmanuël le pregunta si él ya la vió. Y Azarius habla del calor del sol, de la claridad de las estrellas que no se han visto pero que nos alcanza, nos calienta, nos ilumina. El texto de la novela le hace decir: «Si Francia muriera, afirmó, sería como quien dice tan malo para el mundo como si el sol se cayera». ¿Qué agrega la narradora? Esto: «Se hizo un silencio. Todos estos hombres, aún los más duros, los más taciturnos,

amaban a Francia. Había permanecido en ellos a través de los siglos un misterioso y tierno afecto por su país de origen, una difusa claridad en el fondo del ser, una vaga nostalgia cotidiana que raramente era expresada pero que estaba en ellos como su tenaz buena fe y su lengua aún ingenuamente hermosa. Pero oír esta simple verdad dicha por uno de ellos los sorprendía, les molestaba como si de pronto advirtiesen que se habían descubierto los unos a los otros».

El crítico Gilles Marcotte, que juzga el estilo de *Bonheur d'occasion* más bien gris pero de tono justo, atribuye una parte de su éxito al hecho de que Roy, llegada de otra parte, ve Saint-Henri con mirada nueva. Este juicio me parece aleatorio. ¿A caso, *les Velder* de Robert Choquette, 1941, que se desarrolla también en Montréal en una pensión al Este de la ciudad, merecería menos el nombre de novela urbana?. ¿No sería mejor pensar que este autor había preparado a los lectores de Gabrielle Roy con un folletín radiofónico, «la Pensión Velder» muy escuchado de 1938 a 1942 y en el cual se inspira fuertemente la novela de 1941? Hay que tener en cuenta además los cambios sociales que hacen evolucionar la sociedad quebequense al comienzo de los 40: el voto de las mujeres, la instrucción obligatoria, la enseñanza primaria gratuita, el trabajo de las jóvenes en las fábricas de guerra en particular... El universo tradicional canadiense-francés estalla y el autor Roger Lemelin, que como Gabrielle Roy no se educó en un colegio de los llamados clásicos, lo ilustra de maravilla en lo que puede considerarse como una trilogía por sus personajes recurrentes, en particular Denis Boucher, suerte de doble de Jean Lévesque. La primera de las tres novelas, *Au pied de la Pente douce* aparece en 1944, un año antes que *Bonheur d'occasion* seguida de *Les Plouffe* en 1948 y de *Pierre le Magnifique* en 1952, las tres novelas son editadas sucesivamente por Flammarion.

El sociólogo Jean-Charles Falardeau, autor del muy buen estudio teórico *Imaginaire social et Littérature*, ilustró el cambio del antiguo universo analizando esta trilogía en su libro *Notre société et son roman*. Demuestra como este universo novelesco se desgrana de la novela de 1944 al de 1948, luego al de 1952. *Au pied de la Pente douce* y *les Plouffe* nos colocan en presencia de un universo cerrado, una parroquia de la ciudad-de-abajo de Québec totalmente dominada por el cura que cuida su rebaño, de los «soyeux» o pequeños

funcionarios y de los «mulots», gente que vive cavando zanjas para el acueducto municipal que desciende hasta la parte baja de la ciudad. Porque hay que decirlo, hay una ruptura entre este nivel urbano, popular y obrero y la parte alta de la ciudad, lugar de la burguesía y de la cultura. No se pasa de uno al otro, es como una imagen de lo prohibido. El micro-espacio de la parroquia del cura Folbèche se repite también a nivel familiar donde en el seno de la familia Plouffe, la madre Joséphine es como el relevo del cura y vigila el grano, el interior de la casa, micro-espacio en el micro-espacio. El marido, Téophile, -nótese el simbolismo de los nombres- tipógrafo, es un ardiente patriota que rehusara colocar el pabellón en ocasión de la visita de la reina de Inglaterra. La primer novela está más centrada en la parroquia, como si ese fuese **el personaje**, la familia estará más tipificada en *Les Plouffe* con Napoléon, el hijo mayor, entrenador de Guillaume, el deportista de la familia que será arrestado por haber querido mostrar a los reyes qué buen lanzador era, Ovide que ama la ópera, habla bien y que prueba el monasterio, y Cécile la «solterona» que debe esconderse para salir con un hombre casado.

Ya en *Les Plouffe* el cura ha perdido el dominio de su parroquia que hace agua como un viejo barco. El buen cura representa muy bien a ese bajo clero que no entiende que la universidad de Laval, creada por orden pontificia, reciba a protestantes en los cursos de verano de francés et que, jademás vienen a jugar a la pelota en el patio del colegio de los hermanos exponiendo de este modo a sus feligreses a la herejía! Pero la copa rebalza, cuando a pedido del cardenal, una procesión sube hasta la ciudad-de-arriba y el cura descubre que el arzobispo y primado de la Iglesia canadiense está a favor de la conscripción, permitiendo que se pierdan en el camino todas las oraciones que los curas de la ciudad-de-abajo han hecho decir en contral Hay un personaje que contempla todo eso, que mas tarde será periodista, es Denis Boucher. En *Pierre le magnifique* lo encontramos escéptico y fisgón social. Mientras tanto, el padre Plouffe que ha hecho huelga en el diario del arzobispado es expulsado y queda paralítico, él, que fue campeón ciclista. Morirá vencido viendo como su hijo Guillaumes se ha enrolado. Al final, como lo ha sabido demostrar Falardeau en su estudio espacio-temporal, el mundo de los microespacios ha dado lugar a una ciudad más abierta,

donde la tensión ciudad-de-arriba \ciudad-de-abajo se ha atenuado mucho. La imagen final de *les Plouffe* representa el estallido del micro-espacio rural transportado a la ciudad. Josefina que acaba de leer una carta llegada del frente donde su Guillaume le cuenta que ha matado muchos Alemanes sale a la galería de su casa y grita a todo el que quiera oírlo que su hijo mata hombres! Esta obra de Roger Lemelin, popular y populista, se verá en la televisión y obtendrá una audiencia largamente envidiada durante la década del cincuenta. En 1981, Gilles Carle hará de las dos primeras novelas una película llamada *les Plouffe*.

Esta transformación social a través de novelas de inspiración urbana como las de Harvey, Roy o Lemelin continuarán después de la Revolución tranquila en obras notables. Por el lado de Montréal, es dable pensar en autores como Yves Beauchemin, Claude Jasmin, por nombrar sólo a dos. El primero es conocido sobre todo por *Le Matou*, un best-seller internacional, traducido a más de 15 lenguas y llevado al cine por Jean Beaudin. Beauchemin reincide y compone otras novelas voluminosas y perdurables como *Juliette Pomerleau*, en 1989, o la más reciente *les émois d'un marchand de café*. Como Michel Tremblay, su obra frecuenta la Meseta Mont-Royal. en cuanto a Claude Jasmin, del mismo modo que Gabrielle Roy o Roger Lemelin, describe sobre todo la simple vida de barrio abigarrada, cerrada y autosuficiente, antes de la invención de las grandes superficies comerciales. Y feliz, podríamos agregar, refiriéndonos a su novela *la Petite Patrie* que describe el barrio Villeray de su niñez y que retomará con éxito la televisión.

Podríamos, ahora que la ciudad es una parte importante del imaginario quebequense, hablar aún mucho más de la novela del espacio urbano. Me conformaré con dos últimos ejemplos. El primero les ha de ser conocido, *La Grosse Femme d'à côté est enceinte* de Michel Tremblay de 1978, y comienzo de una larga seguidilla de novelas imbricadas en el mismo universo novelístico, yo quisiera mostrar las analogías de esta obra con la de Gabrielle Roy o de Roger Lemelin, en las que la presencia de la guerra es el telón de fondo. Sería interesante oponer por ejemplo los dos discursos sobre la participación en la guerra de Azarius Lacasse y de Gabriel, el marido de la Grosse Femme, o comparar la temporalidad de cada una de las novelas, el relato de Tremblay,

dramaturgo en la primera parte de su novela, construida como drama abarcando el 2 de mayo de 1942, o acercar los espacios urbanos de Saint-Henri, de Saint-Sauveur o de la Meseta Mont-Royal, o reflexionar sobre la lengua popular de las tres novelas, lengua que ha hecho correr mucha tinta en Québec. Pero lo que es particularmente interesante, es ver un mismo período histórico a través de la lente de lo que Escarpit llama las generaciones literarias. Está claro que en el caso de Tremblay, el narrador vuelve sobre un pasado del que ha asumido los hechos, algo así como el nieto de Rose-Anna Lacasse o de Joséphine Plouffe que se hizo escritora. El punto de vista no es ya el mismo.

A pesar del drama de las historias concurrentes de Victoire, enamorada de su hermano Josaphat-le-violon o de Tit-Lou, la gloriosa prostituta de Ottawa, es un llamado de salvación y de liberación lo que hay que ver en *La Grosse Femme d'à côté est enceinte*. Hay aquí una voluntad de terminar con la mentira. A diferencia de las novelas del Interior donde los personajes vivían su drama en la dificultad de comunicarse, siendo *les Temps des hommes* (1956) de André Langevin el ejemplo que más llama la atención, en Tremblay alguien siempre está escuchando a alguien, Béatrice escuchando a Richard, la Grosse femme escuchando a Gabriel, o a Albertine, o a Laura, Josaphat escuchando a Victoria o a Marcel y Florence, misteriosa madre de las tejedoras de la Historia, todas con nombres de colores cercanos a la muerte, Rose, Violette et Mauve, escuchando la memoria misma de las generaciones que pasan y que forman la trama de un misma comunidad. Por otra parte, ¿el nombre de Victoire no es acaso simbólico para un pueblo marcado por el síndrome del fracaso? y ¿qué significa esta espera de liberación de siete mujeres embarazadas sino la continuidad del mundo? ¡un poco como el poeta Miron llamaba a su hija: Emmanuëlle y el escritor Hubert Aquin a su hijo: Emmanuël!

Hablando de Miron justamente, podríamos, siempre a propósito de esta novela de Tremblay, volver a su noción de **adentro** y **afuera** utilizada en sus importantes «Notes sur le non-poème et le poème» de *l'Homme rapaillé*. Por ejemplo, el drama del pequeño Richard es de no poder reconciliar ese adentro y ese afuera. «Afuera estaba el único refugio...» escribe significativamente el narrador evocando el medio de vida de estas tres familias que viven juntas. Es

también el caso de Marie-Louise Brassard, siempre en la ventana, detrás de las cortinas, no para convivir sino para escapar al vacío. El narrador nos la presenta como un «cabal producto de la ignorancia, de la intolerancia de una sociedad rural» y como si nada, estigmatiza esa sociedad de la cual «la envidia, la hipocresía y la culpabilidad (son las) tres virtudes esenciales». Es justamente Tit-Lou, la que ha asumido su historia, la que ventana abierta porque no quiere morir sin un acercamiento con el exterior, será llevada a morir de pie. Entre el pequeño Marcel al que se le da por soñar y Jean-le-Maigre de la novela *Une saison dans la vie d'Emmanuel* que se dedica a la escritura y desatiende a su abuela, ella, que sin embargo es la imagen de la fidelidad histórica con vocación de mártir, un puente puede ser tendido de la ruralidad a la urbanidad, de la deposición a la conquista de la identidad, del conformismo a la novedad, del mundo antiguo a la modernidad.

Es lo que ha ilustrado de manera magistral el autor Jacques Ferron, médico y escritor que podría ser un Nobel de la literatura si Québec fuese un país políticamente separado de la literatura francesa. Me agrada terminar con Ferron ya que él no tiene un juicio tan severo como el mío sobre el rol de la Iglesia quebequense en nuestra comunidad, lo que demuestra la relatividad de los puntos de vista. Este médico popular, discípulo de Foucauld, describe, en situación de la novela, la locura con la que convive en Saint-Jean-de-Dieu -léase *l'Amélanchier* o *les Roses sauvages* - escrita en 1969, lo que él llama una crónica y que el profesor Alonzo Leblanc estima ser la actualización de una verdadera mitología quebequense. Ve en este «fresco social» de más de doscientos personajes una de las obras mayores de esta década. Y el escritor Victor-Lévy Beaulieu comparte este punto de vista, reconociendo haber leído *Le Ciel de Québec* unas quince veces, habiendo siempre aprendido algo nuevo, porque para él, un escritor no es nada si no enseña algo a un comensal de la escritura: «Si Ferron hubiese sido sudamericano, sus libros habrían sido traducidos en todo el mundo» afirma Beaulieu en el *Devoir* refiriéndose a *La Tête de Monsieur Ferron et Les Chiens*.

En *Le Ciel de Québec* que se desarrolla en 1937 en la capital, sitio del poder, tanto político como eclesiástico, los principales personajes son clérigos,

católicos y protestantes, hombres políticos, tanto quebequenses como federales a los cuales se agregan artistas, poetas como Hector de Saint-Denys Garneau o Anne Hébert, pintores como Paul-Emile Borduas. El *Ciel de Québec* puede interpretarse como un lugar, un clima, un país o simplemente como la recompensa prometida a los elegidos y del que se ve el inmenso azul. En esta novela hormigueante de personajes, el telón de fondo es la apertura de una nueva parroquia, en el sector de mala fama de la gran parroquia de Saint-Magloire, en Etchemin. De hecho, el joven vicario de la gran parroquia fue a hecharles el fuego del cielo antes de encontrarse momentáneamente en Saint-Michel-Archange. El cardenal se presenta en la nueva parroquia, acompañado por dos grandes eclesiásticos, monseñor Camille y monseñor Cyrille, dos señores del Seminario. En los hechos, gracias a un index histórico de los nombres, se puede reconocer en ellos al literato abate y universitario Camille Roy, prolífico autor y defensor de nuestras letras pero en esta obra, poeta y autor de las *Stances agricoles* que el obispo anglicano, Frank-Anarcharis Scot admira como tal. En este libro donde el humor es soberano, hay una escena ambivalente donde el obispo Scot que visita, a título literario, a monseñor Camille, le pregunta a este último la diferencia entre lo que le gritan a veces los que pasan por la calle, como «tabernacle de grande hostie» (tabernáculo de gran hostia) o «grande hostie en tabernacle» (gran hostia en el tabernáculo). A lo que su visitante le explica detalladamente que, a pesar de la similitud revelan «la sorpresa y la consideración», con una leve irreverencia en la primera!

A la inversa de monseñor Camille, monseñor Cyrille es un eclesiástico austero y de religión más bien terrorista. El retiro espiritual que va a predicar a Sainte-Catherine, parroquia del cura Rondeau que gusta del vino y de la caza y dónde viven Orphée et Eurydice (los poetas Garneau y Anne Hébert), pertenece a la tradición clásica de los grandes ejercicios jesuíticos. Los feligreses adoran escuchar los sermones del retiro que suelen ver como un alto ejemplo de retórica. Con tales monseñores, el cardenal, antiguo misionario oblato en el oeste canadiense, puede ponderar los juicios opuestos de sus dos consejeros. Por otra parte ya ha confluído al abate Camille la rehabilitación del joven vicario incendiario de los malos, el abate Louis de Gonzague Bessette, al que quiere

nombrar nuevo cura de la nueva parroquia del arroyo de los chiens.

Pero Ferron no deja de oponer a esta trama clerical de la historia, la justa política de los Olympiens (los federales que rodean al ministro Ernest Lapointe) y de los prometeos (que rodean al primer ministro Maurice Duplessis). Ferron ha elegido minuciosamente su campo, el cielo de Québec, y su visión del mundo pasa por la reconciliación con la historia. Por un lado, en esta proyección mitológica, la transformación quebequense de Frank Anacharcis Scot junior anuncia la paz política con los Ingleses ciento cincuenta años después de la Conquista. Por otra parte, la fundación del pueblito de influencia india llamado Chiquettes indica la adhesión a las dos vertientes del mundo, a las dos facas de la luna. Las últimas páginas de la crónica son magníficas, Scot junior, atravesando el invierno para ir a construir la iglesia del nuevo pueblo de Sainte-Eulalie, es recibido por Noé Cantin, que encerrado en su cabaña durante el invierno, no puede rehusarle un alojamiento y un cubierto en nombre de la antigua hospitalidad, pues dice Scot «para él que tenía fuego y casa, era yo el intermediario providencial que lo sacaba de su aislamiento, y que más tarde, transportaría su nombre más allá de la parroquia de la cual formaba parte un día de cada siete reuniría con la nebulosa de su pueblo». Y Scot agrega este pasaje que traduce el pensamiento de Ferron sobre el papel histórico de la Iglesia en Québec: «Cuando se pasa cuatro o cinco meses, cada año, inmovilizado por la nieve, se desarrolla un alma gregaria tan exaltada, tan absoluta, que es naturalmente religiosa y da su cohesión a la nación quebequense, que es individualista y llevada a la dispersión, por falta de Estado». Scot será ayudado por Joseph Fauché, cuyo hijo se llama Rédempteur. ¡Rédempteur Fauché! Un nombre que traduce tanto la alianza de los ricos y de los pobres, de los chiens y de los perros.

En la óptica de esta breve conferencia dada la importancia del tema, la reconciliación a partir de la capital, de la ciudad y del campo, son dos espacios de libertades y dos espacios complementarios. En esta gran analogía del *Ciel de Québec* la ciudad no será ya un espacio maldito sino un lugar fundacional del país y el campo podrá volver a ser un espacio de realización. Toda una comunidad vuelve por fin sobre la tierra, la de las vacas y la de la ciudad. Como París, Québec tendrá su ribera derecha y su ribera izquierda si podemos creer en la

«Conclusión» de la crónica: Yo caminaba sobre la otra ribera del río hacia la aldea de Chiquettes, asiento de la futura parroquia de Sainte-Eulalie, a seis o siete leguas de Lévis, bajando de la escalera absurda, gloriosa y tambaleante, de una sociedad que se edificaba muy en lo alto con el fin de tocar tierra y de fundar sobre la realidad mi pertenencia a un nuevo país.